

EL MISTERIO DE JUANITO LÓPEZ-CARRILLO

No recuerdo con exactitud el momento exacto en que apareció Juan López Carrillo en mi vida, aunque intuyo que sería de la mano de su amigo y pareja de hechos poéticos, Ramón García Mateos. Sé que me esperaban los dos una fría madrugada de febrero en la estación del tren de Reus; y que, desde la estación, fuimos hacia el mercado de abastos para comprar unos manojos de calçots que, metidos en un saco, reexpedimos en un tren de mercancías hacia Segovia, ellos vestidos con cazadoras de cuero negro y la mirada abatida por una larguísima espera a horas tan intempestivas. En aquella época, hacia 1990, creo que ya había leído el manuscrito de un libro de poesía cuya lectura me deslumbró. Pocas veces un libro me había golpeado con tanta fuerza. Recuerdo también unos días felices y primaverales que Juan pasó en el altílo de mi casa, en Segovia, acompañado por una amante guapísima con la que se paseaba por la calle Real acaparando las miradas envidiosas y codiciaderas de los transeúntes. Aquella muchacha deslumbrante tuvo en Juan un guía distinguido de los recovecos más ocultos de una ciudad que él ya había hecho suya siguiendo el rastro de San Juan de la Cruz y de Antonio Machado, que gobiernan en la antítesis de su credo.

Desde entonces, por fas o por nefas, raro ha sido el año que, pese a la distancia, no nos hemos visto en Tarragona o en Segovia.

Juan es la bonhomía hecha carne. Y la jovialidad. Y el desparrame y el desorden que se atropella; Juan es la chispa y la pulla y la ternura; Juan es el pariente travieso que despierta nuestra sonrisa y nos conmueve. Pero Juan es, ante todo, un poeta. Por eso ando ahora entre reglones, escribiendo de Juan López-Carrillo, el poeta de la desmesura, la acidez y la destemplanza.

Para empezar, Juan hace una poesía epicúrea, desnuda de retórica y hojarasca, una poesía que viene del dolor y apunta al gozo, pasando siempre por el corazón. Con un lenguaje aparentemente poco intelectualizado, uno descubre un poeta arrollador. Pero también comedido, hasta el punto de hacerse puntilloso como el banderillero que persigue. A veces con atisbos canallas y barriobajeros. Tras la lectura de aquel primer manuscrito recuerdo que le escribí para decirle que, de manera vaga, me recordaba a Catulo, por la manera directa de abordar la poesía, sin circunloquios, sin tapujos, pero también, como Catulo, porque no renuncia a desnudarse ante el lector. Y, en esa tendencia algo desvergonzada hacia el exhibicionismo, no solo nos muestra el cuerpo, que también, sino su alma cándida y dolorida. Y, en esa exhibición no falta la chispa y la paradoja. Supongo que por eso conecta hasta el arrebatado con los adolescentes. Acaso porque conserve mucho del muchacho deslenguado, aturdido y perplejo que fue.

Algunos poemas de Juan han aparecido en ciertas antologías laterales o periféricas. Pocas y de escasa proyección. Es una lástima. Soy un modesto lector de poesía, pero me parece que Juan debería ocupar el centro, es decir, el ombligo del cuerpo poético que conforma ese cerrado mundillo. En la medida de mis escasas fuerzas lo he intentado hablando de él a antólogos y críticos de cierto postín que siempre se sorprenden de que les hable de alguien que ni siquiera conocen, ellos que dominan los hilos del mercado, como si les estuviera hablando de un poeta apócrifo. Y bien pudiera ser que Juan López-Carrillo no existiera que, a la manera de Pessoa, fuera tan solo una ficción de Ramón García Mateos. Y, en ese caso, aquella madrugada, en la estación de Reus, no hubiera dos poetas vestidos con cazadora de cuero, esperando la llegada de mi tren a aquellas horas intempestivas, sino un solo poeta pantagruélico y sensual, la parte noctámbula y bohemia de un poeta salmantino dado a los excesos. Y, en ese caso, yo haya visto dos poetas donde sólo había uno, y los haya visto como consecuencia de mis excesos en la ingesta del Priorato del que yo, abstemio irreductible, me atiborro siempre que ando en Tarragona, en homenaje a la tierra hospitalaria. O acaso hubiera tres poetas. Porque, ahora que lo pienso, me entran dudas de si no andaba por allí Alfredo Gavín, otro poeta desmesurado. Quién lo sabe a estas alturas. Si como dice Juan López-Carrillo, en la poesía, en la buena poesía, late siempre un extraño misterio.